

Fabiano Massimi

Los demonios del Reich

Narrativa Internacional Traducción de Xavier González Rovira



Un electrizante *thriller* histórico basado en hechos reales, por el aclamado autor ganador del Premio Asti d'Appello con *El ángel de Munich*, comparado con Ken Follett, Número 1 en ventas en Italia y «uno de los *thrillers* del año»

(Juan Carlos Galindo, *El País*)

«Un escritor que conjuga la erudición de un historiador, las fuentes de un periodista y la capacidad narrativa de un novelista».

Juan Losa, *Público*

Corre el mes de febrero de 1933 en Berlín. Ante el edificio del Parlamento en llamas, el ministro de Propaganda del Tercer Reich, Joseph Goebbels, se dispone a hacer unas declaraciones a la prensa. Unos días antes, Siegfried Sauer, que había huido a Viena junto a Rosa, se encuentra en su casa con el agente doble Karl Julian. Hace dos meses que Sauer no sabe nada de su pareja: ella ha vuelto a Alemania para unirse a la resistencia y tratar de dinamitar el partido nazi desde dentro, pero cuando Julian le enseña una postal que ha recibido con una foto de Múnich y una cita del Cantar de los Nibelungos —«Cava una fosa y siéntate en su interior»—, entiende que se trata de un mensaje para él: Rosa está en peligro. Sauer viajará clandestinamente a Berlín, una ciudad plagada de camisas pardas, clubes nocturnos, fiestas secretas en la que no puede fiarse de nadie y donde se suceden misteriosos asesinatos de mujeres, todas ellas muy parecidas a Rosa.

El calor es tan intenso que le lloran los ojos; el humo, tan denso que no sabe hacia dónde girarse. Del otro lado de las cristaleras rotas, en la gran plaza a plena luz del día, las sirenas ululan sin parar, atrayendo a otros camiones de bomberos y a miles de curiosos. El agua extraída del Spree entra a borbotones por las ventanas, pero ni siquiera eso resulta suficiente para detener las altas llamas. En la fría noche de febrero, el edificio del Parlamento arde como una hoguera a finales de verano, y él está atrapado en su interior.

Mientras observa los desesperados intentos de los bomberos, trata de calcular cuánto tiempo hace que se han marchado los demás. ¿Habrán salido ya del túnel? ¿Habrán encontrado refugio? Cuando se dieron cuenta de que él quería quedarse, se opusieron. Especialmente ella. Pero había tomado ya su decisión y, con el fuego rodeándolos, no tuvieron más opción que huir. Prometió reunirse con ellos cuando terminara; sin embargo, sabe bien que no lo hará. Aunque quisiera, ya no hay manera de hacerlo.

Una última mirada a la plaza, luego se aparta de las cristaleras y regresa hacia la gran Cámara, donde empezó la hoguera. Si su destino es morir dentro del Reichstag, entonces es allí donde quiere hacerlo: en el corazón de la República, dando todo por defenderla. Ese pensamiento le arranca una sonrisa. ¿Quién hubiera creído que precisamente él se convertiría en mártir? Pero está bien. Puede aceptarlo. Lo que sea con tal de detener su avance.

De repente, hay ruidos a su derecha. Pasos. Numerosos. No un hombre, sino muchos, que se apresuran como él hacia la Cámara.

Se esconde detrás de una cortina justo a tiempo, y piensa mientras tanto: ¿Quién puede estar tan loco como para meterse en un edificio en llamas?

Los pasos se detienen a pocos metros. Un largo silencio, como de quien estudia a su alrededor antes de hablar, y luego:

–¿Tenéis alguna idea sobre qué ha pasado? –pregunta una ya famosa voz metálica.

Un escalofrío lo sacude. El corazón le retumba en los oídos.

¿Él, aquí? ¿Será posible?

Con cuidado de no ser visto, aparta la cortina lo suficiente para enmarcar la escena, y la escena le corta la respiración.

Son seis. Dos bomberos, con el rostro marcado por tiznes de hollín, un periodista con un cuaderno abierto y tres civiles con ropa elegante. El primero es un hombre bajo y demacrado, cara de rata y ojos brillantes como obsidianas. El segundo, más alto y corpulento, tiene una sonrisa diabólica avivada por el fuego. Son rostros conocidos. Políticos. Nazis. Ya los ha visto, aunque no podría identificarlos.

Pero al tercero, el que ha hablado, lo reconoce, y bien que lo reconoce. Incluso visto a través de una cortina, con poca luz y en medio del humo, tiene un rostro inconfundible: esos ojos azules como el hielo, ese bigotito desmochado. Adolf Hitler, el nuevo canciller, ha venido a inspeccionar personalmente la pira.

–Un complot comunista –declara el hombre corpulento a su lado–. Sin duda alguna.

Hitler asiente, inhala profundamente el aire viciado y... ¿acaso es satisfacción lo que se vislumbra en su rostro? ¿Es complacencia?

–Hoy se abre una nueva y gran era en la historia alemana –anuncia con solemnidad, con las llamas bailando en sus ojos como demonios–. Todos vosotros sois testigos. –Luego, después de una pausa efectista–: Este incendio es solo el inicio.

*Tal vez le gustaría añadir algo más, pero en ese instante el cristal de la cúpula que corona el gran Reichstag despi-
de un crujido siniestro, como el lamento de un animal herido.*

–¡Está a punto de derrumbarse! –grita uno de los bomberos.

–¡Sacad de aquí al canciller!

Llamados de nuevo a la realidad, los seis hombres se apresuran hacia la salida, dejando a su observador en medio del infierno, pensando en lo que acaba de ver.

En su cabeza resuenan las palabras de Hitler y un nombre, el nombre de ella.

Rosa.

Entonces la amargura y el dolor inundan su corazón, mientras comprende la verdad.

Este fuego no es solo el inicio, sino el final.

Jueves, 23 de febrero de 1933
(Cuatro días antes)

1

Durante la noche había ardido una tienda.

Cuando Peter Rach se bajó del tranvía en la Boschstrasse, no lejos del apartamento donde vivía, en el Karl Marx-Hof, el gélido amanecer de Viena todavía estaba moteado por el humo que se estancaba entre los edificios. En la ciudad, los incendios no eran infrecuentes: con todas las estufas y las chimeneas que ardían día y noche para calentar a un millón de habitantes, los bomberos tenían de que ocuparse a menudo. Pero en Döbling, el suburbio donde Rach había vivido el último año, era la primera vez que algo se incendiaba, por lo que decidió desviarse de su camino habitual y, a pesar del cansancio acumulado en el turno de noche en el Ayuntamiento, se encaminó hacia el lugar donde parecía originarse todo ese humo. «Policía una vez –le gustaba repetir a su exmejor amigo–, policía para siempre». Y era verdad, aunque él ya no llevaba ningún distintivo.

Boschstrasse, que discurría paralela a la vía férrea durante varios kilómetros antes de detenerse a un suspiro del Danubio, alineaba en su recorrido todo tipo de tiendas: droguerías, mercerías, colmados, ferreterías, todo lo que podía ser de utilidad en la vida cotidiana de una pequeña ciudad. Y Döbling era precisamente eso, una ciudad en la ciudad. Los trabajadores a los que estaba destinado el Karl Marx-Hof trabajaban en fábricas repartidas por toda la capital, pero sus familias nunca salían de los

confines del distrito. La noria del Prater, que con sus sesenta metros de altura se elevaba sobre los tejados, se encontraba a pocas paradas de metro, pero para los habitantes de Döbling era un espejismo inalcanzable, como si fuera la luna.

Mientras Rach se acercaba a la tienda incendiada, le empezaron a picar los ojos y se le velaron de lágrimas. En el bolsillo del abrigo llevaba un pañuelo de raso, pero no podía utilizarlo —ni siquiera podía pensar en ello—, de manera que se los enjugó con la bufanda, con la que luego se cubrió la cara para taparse mejor la boca y la nariz. Era una bufanda de lana virgen, densa y cálida como el abrigo del que sobresalía, pero cuando Rach estuvo a cincuenta metros de su meta y reconoció al anciano solitario en medio de la calle, que miraba el desastre sin mover un músculo, lo atravesó un escalofrío.

De la Sastrería Nettel, una institución en el barrio, tan solo quedaban los ladrillos ennegrecidos por las llamas y los afilados añicos del escaparate roto, esparcidos por el suelo. El interior era una cueva de cenizas donde nada podía haberse salvado: ni los trajes ya cortados y colgados en exposición, ni los rollos de tela alineados en los estantes, ni el mobiliario pobre pero digno que en el transcurso de los años había recibido a miles de clientes. Ahora ya no recibiría nada ni a nadie. El fuego lo había devorado todo, con una precisión que reforzaba la inquietud de Rach.

Se detuvo a veinte metros del anciano Nettel. No se acercaría más. El sastre y él no se conocían y, de todos modos, ¿qué consuelo podría ofrecerle? ¿Qué palabras podrían aliviar el dolor de un mundo entero perdido de aquel modo? Habían apagado las llamas hacía ya un buen rato, y en la calle solo estaban ellos dos: ni bomberos, ni policías, ni siquiera los inevitables curiosos —ancianos, ociosos, niños—, porque en realidad todo el mundo sabía lo que había sucedido.

En una sastrería los materiales inflamables no escasean, pero nada arde y se consume tan perfectamente en pocas horas, y en una tienda, de noche, ¿qué puede desatar un infierno como ese?

Döbling quedaba lejos de Viena, y Viena lejos de Alemania, pero las pavesas de una hoguera se desplazan con el viento y saben recorrer distancias muy grandes.

La tragedia de Ytzak Nettel no se debía a un accidente, sino al hecho de que el anciano sastre era judío.

Conmocionado y aturdido por lo que había visto, como si el humo de la escena hubiera penetrado en su mente y hubiese impregnado todos sus pensamientos, Peter Rach se dirigió hacia su casa sin prestar atención a cuanto lo rodeaba, perdido entre la angustia del presente y los recuerdos de los hechos que habían trastornado su vida un año y medio antes. Por ese motivo, quizá, no se dio cuenta de nada hasta el último momento. Había bajado la guardia.

El Karl Marx-Hof, el edificio donde vivía, tenía menos de tres años, pero ya era famoso en toda Europa. Construido en un tiempo récord por voluntad del Gobierno municipal, consistía en una única manzana de más de un kilómetro de largo y cinco pisos de altura, que daban a una sucesión de jardines abiertos para todo el mundo. La fachada bicolor, ocre y terracota, culminaba en una entrada con cuatro arcos recortados semejantes a pistones invertidos, en referencia al destino obrero del complejo, que contaba con casi mil cuatrocientas viviendas. De estas, una de las más grandes, con tres habitaciones, se la asignaron a Rach en virtud de su empleo como vigilante nocturno del Ayuntamiento de Viena. La distancia hasta el centro era considerable, y las relaciones con los vecinos, tan distintos a él por su origen y estilo de vida, nunca habían ido más allá de rápidos gestos cuando se cruzaba con ellos por los pasillos y las escaleras, pero esas tres habitaciones con baño

resultaban más que suficientes para sus necesidades, sobre todo ahora que vivía solo y, además, eran gratis. El factor determinante, el que lo convenció para que aceptara la oferta de quienes lo contrataron, fue, no obstante, otro: en Döbling las posibilidades de que alguien fuera a buscarlo eran prácticamente nulas, y él no deseaba que lo encontraran.

–¡Herr Rach! ¡Herr Rach! –trinó una voz infantil a su espalda.

Se volvió para sonreír a Greta Honecker, la hija de once años de un vecino, la única a la que le había dedicado algo más que un rápido saludo.

–Buenos días, Gretchen –dijo, regalándole una sonrisa, mientras se metía una mano en el bolsillo en busca de la moneda de costumbre–. ¿No es tarde para ti? Hoy hay colegio...

–Iré corriendo –dijo la chiquilla acercándose y entregándole un periódico enrollado–. ¡No podía dejarlo sin su ejemplar!

Rach asintió satisfecho, luego le tendió la moneda y cogió el periódico. Como solía hacer siempre, lo desenrolló de inmediato y recorrió la primera página en busca de noticias sobre lo que estaba pasando al otro lado de la frontera. Y, como siempre, en uno de los titulares principales encontró el nombre que lo obsesionaba.

–¿Por qué ha llegado tarde hoy? –preguntó Greta en tono curioso. Rach era el más metódico de los hombres, y en el Karl Marx-Hof habían reciclado para él la vieja historia de Kant: para tener siempre en hora los relojes no era necesario sincronizarlos con el de San Pablo, la iglesia del barrio, uno solo tenía que asomarse y esperar a que Rach saliera por la noche o regresara por la mañana–. ¿Iba el tranvía con retraso?

–El tranvía nunca va con retraso, Gretchen. Me he perdido yo por el camino.

Greta se echó a reír como si fuera el chiste más divertido del mundo, luego lanzó una mirada al cielo y su sonrisa se ensanchó.

–Que tenga usted un buen día, *Herr* Rach. ¡Algo me dice que será verdaderamente memorable!

Una media reverencia, una pirueta y la chica se marchó corriendo, el pelo color miel brillando bajo el frío sol de Viena.

Rach se quedó mirándola embelesado –le habría gustado tener una hija como ella–, luego se recobró, aunque la sombra de los pensamientos recientes volvía a oscurecer la mañana.

Ya es un día memorable, se dijo. Pero memorable no significa bueno.

Llegó al portal de su escalera, igual a los otros cien portales de todo el edificio, aunque este estaba señalado con el número 28, lo abrió y se adentró en el vestíbulo. El arquitecto del complejo, un tal Karl Ehn, había aplicado la máxima sencillez funcional a todo lo que implicaba el proyecto, por lo que el vestíbulo y las escaleras estaban desprovistos de cualquier ornamentación: suelos de piedra gris, paredes encaladas, pasamanos de hierro forjado sin adornos. Los pisos se distinguían entre sí solo por el número romano colocado en la parte superior de cada tramo de escaleras. La única concesión a la estética se manifestaba en el delgado espejo que separaba las dos puertas en el centro de los descansillos. Rach nunca había sido un hombre vanidoso, todo lo contrario, pero desde que vivía en Viena se veía obligado a mirarse en el espejo cada vez que entraba o salía de casa. También ese día, la imagen reflejada no dejó de provocarle una leve desorientación, pero tras constatar que todo estaba en orden –pelo negro como la noche a pesar de haber superado los cuarenta y tres años, una barba larga pero cuidada que le cubría casi todo el rostro, el estómago más hinchado de lo

que le habría gustado— Rach siguió su camino y llegó al quinto y último piso.

Mientras sacaba la llave y se acercaba a su puerta, una sensación indefinida lo distrajo. El incendio de la sastrería lo había alterado, claro, y el nombre en el periódico había caído sobre él como un segundo golpe. Había algo que no le cuadraba. Rach era un hombre más lógico que instintivo, pero con los años había aprendido que la lógica o el instinto, por sí solos, no son suficientes, a veces era necesario escuchar a ambos. Así que se quedó parado un momento sobre la alfombrilla, los sentidos al acecho para captar cualquier sensación. No percibió nada. Se agachó delante de la puerta, como todos los días, y como todos los días acercó los ojos para ver si el cabello que había tendido entre la jamba y el tirador seguía en su lugar.

El cabello no estaba ahí.

Me han encontrado.

A Rach le asaltó una tenue náusea. El rellano empezó a estrecharse a su alrededor. Sin hacer ningún ruido, se levantó de nuevo, se desabrochó el abrigo, metió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta.

Cuando la mano reapareció, empuñaba una pistola.

Con la misma máxima lentitud, Rach insertó la llave en la cerradura; luego, en silencio, milímetro a milímetro, la giró hacia la derecha. Durante los largos segundos que requirió la operación, el mundo exterior se debilitó: la luz, los sonidos, los olores, reducidos a un eco lejano de la realidad. Ahora solo estaban la mano en la llave y el corazón enloquecido en su pecho.

Me han encontrado.

Minutos, horas, días más tarde, la llave completó su rotación, soltando un clic infinitesimal que en los oídos de Rach retumbó igual que un trueno.

Del interior de la casa no llegaba ningún sonido.

Guardó la llave y empujó suavemente la puerta hacia delante. La luz del apartamento era tenue y clara. Venía de

la ventana del salón, donde las cortinas siempre estaban corridas: en el quinto piso no había balcones, habría sido imposible espiarlo desde ahí.

Con el corazón en un puño y la certeza de que alguien, *pero ¿quién?*, había entrado en la casa durante su ausencia, Rach levantó la pistola por delante de él y amplió el resquicio.

Entonces, como si ese mínimo gesto hubiera activado un mecanismo de resorte, del interior del apartamento se elevó una melodía, una pieza de piano que Peter Rach conocía muy bien –¿sería posible?– y que por un momento le cortó la respiración.

2

–¿Rosa?

La voz de Rach quedó envuelta por una cascada de notas.

–Rosa, ¿eres tú?

La *Sonata n.º 2* de Rajmáninov siguió llenando los tres ambientes sin titubeos. Solo, de tanto en tanto, faltaba una nota, que Rach sabía bien a qué atribuir.

Dio un paso dentro de la casa, con la pistola siempre apuntando por delante de él. La entrada, un pequeño rectángulo que acogía a los visitantes con un grabado antiguo de la Viena asediada por los turcos y dos puertas de marco –una a la derecha, hacia el cuarto de baño, y otra a la izquierda, abierta a la cocina–, estaba presidida por una mesa alta y poco profunda en la que descansaba un cenicero que utilizaba para vaciar los bolsillos: monedas, pañuelos, una punta de lápiz y, conspicua en su brillante reflejo cromado, una llave.

Verla sobre la mesita encendió una pequeña llama de esperanza en el pecho de Rach.

Bajó la pistola, se dirigió hacia la cocina.

–¡Rosa! –llamó alzando la voz.

La música se ralentizó como en respuesta a su llamada, pero inmediatamente recuperó el ritmo adecuado. Un pasaje más difícil, ese era el motivo. Pero Rosa nunca había tenido dificultades para interpretar la *Sonata*.

Rach volvió a levantar la pistola, avanzó con cautela en la cocina. La ventanita cuadrada, que quedaba encima de una estufa de hierro fundido y un fregadero de cerámica, iluminaba la penúltima puerta, la que daba al salón. Rach no recordaba haberla cerrado la noche anterior, pero ahora lo estaba, y le impedía ver el piano y a quienquiera que estuviera tocándolo. Aunque su esperanza no quería morir, ahora ya estaba seguro de que no podía ser Rosa: no había ni rastro de su perfume en esas habitaciones, y los dedos que ejecutaban ese fragmento –el preferido de Rach y de su padre– no eran lo suficientemente hábiles.

Pero, entonces, ¿quién eres?

Frente al umbral cerrado Rach titubeó un último instante, luego aferró la manija con la mano izquierda y apretó aún más la pistola con la derecha antes de inclinarse y abrir la puerta de par en par.

–¡No te muevas! –le exigió a la figura sentada al piano. Un momento después la enfocó, pero había poco que ver: un sombrero de fieltro negro echado hacia atrás hasta rozar un impermeable beis que llegaba al suelo. Ropa de hombre, aunque de espaldas no había forma de saber si quien la vestía era un hombre o una mujer.

–¿Me has oído? –preguntó Rach metiendo la cabeza en la habitación y agitando la pistola de izquierda a derecha en busca de otros visitantes.

No había nadie más, solo estaban él y el pianista, que no dejaba de tocar y de saltarse notas.

Rach se incorporó con impaciencia y avanzó hasta llegar a dos metros del piano. Un paso más y el cañón de la pistola tocaría el impermeable.

–¡He dicho que no te muevas! ¡Detente y levanta las manos!

Por fin la música cesó. La figura sentada en el taburete separó las manos del teclado, pero en lugar de levantarlas bien a la vista las posó sobre las piernas.